

pueriles. Se acepta, y se usa lo que va viniendo —cosas, objetos, modelos, ideas— pero se critica y analiza —sin pre-juicios, por supuesto—, ya que el oficio de reflexionar, es desde Sócrates, opinar de todo: despanzurrar la realidad.

Laín ha contribuído a valorar «el ojo clínico», y a desmontarlo también, a poner el ojo en su sitio: en la cabeza rostral, después de tanta «intuición» y «sexto sentido», cuando fue cualidad de algunos destacados médicos producida por el estudio, la amplitud casuística y el interés verdadero por la enfermedad de una persona, o por la situación de «alguien» atrapado en un morbo concreto.

Sólo han tenido «ojo clínico», o sea, el diagnóstico a primera vista, médicos sagaces de amplia experiencia o curanderos, también muy listos y expertos en el trato humano. Los que han sabido leer el lenguaje ágrafo y averbal de la expresividad patológica, subliminal para la mayoría de las personas.

La transformación de los medios diagnósticos que permiten ver «el cuerpo por dentro», desde los descubrimientos de Röntgen, las endoscopias, análisis bioquímicos, técnicas de resonancia magnética nuclear, angiografías, scanners, láser, gamma y termografías el tradicional ojo clínico tendrá que adiestrarse en las nuevas posibilidades perceptivas. Seguirá siendo indispensable para mirar a los ojos del enfermo. Para captar los lenguajes de su mirada, sus gestos, su actitud, y medir como método irremplazable, la angustia del otro.

Las palabras del médico pueden curar incluso sin refuerzo de fármaco alguno. Este es el misterio del verbo, el «épos» terapéutico —la psicoterapia surgente—. Mas a veces, frases imprudentes de médicos sin noción de la trascendencia que sus palabras encierran para personas sensibles, pueden llevar a la neurosis obsesiva, a las más negras depresiones. Laín advierte e insta al exquisito cuidado que hay que tener con lo que se dice a ciertas personalidades sugestionables o aprensivas. El lenguaje del médico —palabra suelta, informe «secreto» que el paciente lee inmediatamente e «interpreta» según su estado emocional—, puede originar una enfermedad por «disparo» de mecanismos de «fijación» y en algunos individuos especialmente lábiles, llevar al suicidio. Nos ruega Laín que nos produzcamos «iatrogenias» —la enfermedad causada por el médico o el medicamento—, con nuestras palabras.

El médico y la cultura

La cultura de un profesional le permite situar los hechos y los fenómenos de su interés. Colocarlos en su lugar, o como suele decirse, meterlos en un encuadre de coordenadas y precisiones. La cultura forma a la persona, ayuda y permite el trabajo de la inteligencia. La califica y valoriza. Precisamente Laín en un reciente artículo, «El horizonte intelectual del médico» (IX-1986), exprime el tema desde un enfoque renovador.

Dice: «El médico intelectualmente ambicioso debe conocer todo lo relacionado con la actividad y la vida del hombre». Además de las materias de su «curriculum» son importantes para él: la «literatura», consumiéndola o produciéndola en la medida de sus capacidades; la «historia», memoria del devenir del hombre, relación de acontecimientos pasados indispensable para comprender los presentes y valorarlos con atino; la «psicología», la general y la intrínsecamente médica pues en cuanto manejador de «cuerpos

y almas» su materia prima está en la personalidad, la conducta, la emoción de los enfermos (y de los que han enfermado o puedan enfermar); la «sociología», ineludible por la índole plural del hombre que enferma como miembro —individual— de un grupo, en un tipo de medicina progresivamente socializada y dependiente de la Administración. De las políticas sanitarias propias e internacionales (O.M.S.).

En el horizonte de la cultura médica coloca también Laín a la «economía», asunto obligatorio para médicos y ciudadanos incluidos en proyectos asistenciales de diseño económico y consecuencias particulares —el gasto sanitario, la atención obligatoria—; la «bioética», antigua deontología, ciencia acuciante en las dramáticas situaciones cotidianas que al médico se le plantean desde el aborto, la eutanasia, los tratamientos agresivos, a las internaciones forzosas, los «lavados de cerebro» y las variadas «iatrogenias»; la «política» asimismo debe participar en la preparación de un profesional si aspira a ser miembro consciente y libre de un país; la «filosofía» por supuesto, para Laín «nervio y fundamento de todo saber científico si quien lo posee no quiere quedarse en la superficie de las cosas», la «esencial» —de esencia— filosofía de la medicina; la «antropología», su materia para el médico, la trate en general o en particular —clínica o médica— en sus aproximaciones a la enfermedad y al enfermo, hoy en auge explosivo desde el atractivo de la antropología cultural; el «derecho», la «medicina legal» y la «jurídica» son incorporaciones beneficiosas, opina Laín, para una completa «puesta a punto» del médico interesado en la posesión de un equipaje intelectual adecuado.

Y no basta. La enorme cultura de un médico cualificado comprende también la música, las artes plásticas, la afición a los viajes para ver los datos de la historia en su marco geográfico, la matemática y estadística, los idiomas, la ecología, la gastronomía y la dietética —sea cual sea su campo—, el cultivo de una afición no intelectual, alguna actividad calisténica, visitar pueblos, hablar con las gentes rurales, y pasear por el campo para realizar su intraculturización, su perfeccionamiento particular.

Más «la otra cultura», la de la educación, afabilidad y buenos modales; la de saber vestirse, hablar y comer según el ambiente. La que hace del médico una persona civilizada y digna a la vez que sobria y de limpieza impoluta. La que transmite generosidad y altruísmo, da confianza y esperanzas. La que ofrece aspectos de honestidad y de sinceridad; de sencillez en el rigor.

Laín es muy exigente en su propuesta de ampliación del «currículum» oficial. Al señalar sus insuficiencias se coloca del lado reformista: faltan conocimientos imprescindibles según nos acaba de demostrar, a la vez que sobran ramas y hojarascas perturbadoras en la preparación de generalistas, especialistas clínicos, investigadores y expertos en medicina preventiva.

No hay que interpretar su oferta como una sobrecarga de estudios interminables, destinada a los privilegiados en tiempo y capacidad mental. Su diseño formativo es un reto a los profesionales inquietos, y a la renovación del plan académico en la tendencia de organización departamental, con asignaturas de elección libre.

Eliminar y completar; hacia la meta de una preparación más ágil y abierta, sin bajar el «listón» que Pedro Laín ha colocado a sus «colegas» desde su enfoque desiderativo. Está en su altura, pues hoy la medicina supone una elevada y compleja selección de ciencias entrelazadas de fuerte dificultad; en métodos y en su semiótica.

Laín cita y refrenda a Ernst Bloch: «La Medicina —realizada, sabida y pensada—, es una de las actividades humanas más importantes e interesantes», demostrándolo con el índice temático de su propia obra.

El «modelo» médico de Laín

Del «nóos» al «logos», pues se trata de un inteligencia que decide llegar a sus máximas posibilidades ejercitándose en el estudio voraz y el «uso» de la razón. A los griegos pues.

Y Laín emprende el camino presocrático preparándose meticulosamente. El griego en Grecia y antes de Grecia. Y el helenismo abarcador —perdón, redundancia—, con los ingredientes precisos para su posesión desde atrás, cogiéndolo bien.

No es el estudiante de Historia de la Medicina que se sienta a tragar la historia y sus fuentes a la vez que se levanta yendo hacia ellas, armándolas. Desde el primer momento la historia sobrepasó a la Historia, con Nei-Ching, Imhotep, el Bhava Prakasha... apareciendo juntos Homero y Asklepio, Plutón y Platón. El camino hacia Hipócrates, conducía también a Aristóteles y se hacía con Tales de Mileto, Heráclito de Efeso, Pitágoras de Samos, Anaxágoras de Clasomena, Alcmeón de Crotona, Empédocles de Agrigento, Demócrito de Abdera y otras hermosas eufonías del Olimpo humano, que parieron el pensamiento —el de ellos y el de Occidente— confluyendo en el «Corpus Hippocráticum».

La Historia quedó sobrepasada desde sí misma, por las ideas de los hombres que la estaban haciendo; que serían la Historia, dando a la humanidad el Universo, la Vida, el Ser, la Existencia, el Destino, el propio Hombre. Crearon y describieron el proceso completo del razonamiento, la «physis», entidad real y natural; una explicación verosímil de los fenómenos morbosos y del enfermar humano.

Laín ya no era estudiante de Historia al ser seducido por la belleza de las bellezas, la mayor de las maravillas: la inteligencia del hombre en su estado puro y nascente. Desde la de unos hombres; desde la suya, funcionando en el deslumbramiento inicial.

Y el presunto historiador, en el cálido clima de la Grecia antigua se desnudó, se sentó en una piedra y apoyó su cabeza en el puño de su mano derecha: «era» ya un «pensador». Y éste, es el «modelo» Laín. El modelo de él.

Así, en pensador, fue contándonos los hechos médicos, las particulares obras de los padres de la medicina, la significación y el sentido de la enfermedad en las distintas épocas, pueblos y culturas. Las escuelas de mayor relieve e influencia doctrinal, la anécdota y las reacciones de la sociedad a los médicos y a la medicina, en una valoración pormenorizada y consecuente. O sea: sistemática, ordenada, anunciada y remachada; pues así es, «su forma».

Laín coloca la acción médica en la mayor dimensión señalando su contenido ético en un humanismo transcendental. La medicina humanista de Laín, ya no es la del humanitarismo tradicional al quedar subsumido su sentido religioso-piadoso, en acercamiento cultural —moral y científico— a la persona enferma.

Los médicos tienen con Laín un esquema operativo. Una plantilla a copiar y apren-